

DE CUARTA FERIA, O DE LA CULTURA DEL CAMPO DEL SEÑOR, SERMÓN. (C,G,S)*

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Sobre la cultura del campo del Señor. Qué significan los cinco yugos de bueyes. El campo de la Iglesia debe prepararse para la gracia celestial y la lluvia espiritual, porque la lluvia divina está cerca. Trabajemos, amadísimos, en este campo que se nos ha confiado. A nosotros se nos ha dado plantar, regar, arar, injertar: pero es de Dios dar el crecimiento. El apóstol Pablo, doctor de los gentiles en fe y verdad, nos enseñó a ejercer esta cultura del Señor, tanto por su ejemplo como por su enseñanza, diciendo: Yo planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento; y poco después, Porque nosotros somos colaboradores de Dios, campo de Dios, edificio de Dios sois (I Cor. III, 6, 9); y en otro lugar, Sed mis colaboradores, hermanos, y observad a los que así andan como tenéis nuestro ejemplo (Filip. III, 17). En esta, pues, hermanos, agricultura del Señor, en la que el Señor nos mandó trabajar, trabajemos de tal manera que merezcamos recibir la recompensa prometida por el don de la gracia. Es tiempo, trabajemos, esforcémonos.

2. Aquellos cinco yugos de bueyes, que aquel invitado en el Evangelio, al no querer venir a la cena, dijo que quería probar, y por eso se excusó de la cena (Luc. XIV, 19), porque los adquirió para sí mismo, no para la agricultura del Señor; nosotros unamos esos mismos cinco yugos en el campo del Señor, surquemos la tierra durísima con surcos espirituales, sembrando la semilla de la palabra de Dios, arranquemos, erradiquemos, incendiemos con fuego divino cualquier espina de malas pasiones que encontremos: para que trabajando en tal obra, podamos decir confiadamente a nuestro Señor Dios: Señor padre de familia, ya que con tu ayuda hemos hecho la obra que ordenaste, devuelve la recompensa que prometiste. ¿Cuáles son esos cinco yugos de bueyes? Los cinco yugos de bueyes son los cinco sentidos del cuerpo: la vista en los ojos, el oído en los oídos, el olfato en las narices, el gusto en la garganta, el tacto en las manos. Y estos son los yugos: dos son los ojos, dos los oídos, las narices gemelas, dos las manos; y en el mismo gusto se encuentra algo gemelo, cuando el sabor mismo se discierne por el juicio de la garganta y el paladar. Estos cinco yugos, por tanto, voltean la tierra, cuando sirviendo a sus funciones preparan el alma y la carne, ya sea para frutos abundantes, si el rocío celestial se derrama, o para espinas secas, si la tierra permanece seca, y su obra seguirá en el futuro.

CAPÍTULO II.

3. Siembra, arado y riego del campo del Señor. Pero ya que el Señor y nuestro padre de familia nos ha mandado esparcir la semilla de su palabra por todas partes y sin ninguna distinción de terreno (pues introduce en el Evangelio la semejanza de este siervo, y dice: He aquí que salió el sembrador a sembrar: y mientras sembraba, una parte cayó entre espinas, otra en el camino, otra en pedregales, otra en buena tierra. Y al mostrar cuál era la tierra espinosa, es decir, los hombres que ahogan la palabra de Dios con las espinas de las pasiones y no dan frutos de justicia; de manera similar, al dar razón de la otra tierra pedregosa y del camino pisoteado, llega a la buena tierra, y dice: Pero lo que cayó en buena tierra, son aquellos que al recibir la palabra de Dios, la guardan y la practican [Mat. XIII, 3, 23]; porque no son justos ante Dios los que oyen la ley, sino los que la cumplen serán justificados [Rom. II, 13]): no nos atemoricen, pues, amadísimos, ni el temor de las espinas, ni las piedras de los pedregales, ni el camino durísimo; mientras que al sembrar la palabra de Dios, podamos llegar finalmente a la buena tierra. Recibe la palabra de Dios, todo campo, todo hombre, ya sea estéril o fecundo: yo esparciré, tú mira cómo la recibes; yo distribuiré, tú mira qué frutos

devuelves. Pues es mejor que tú des cuenta por lo recibido, que a nosotros, por no distribuir, se nos diga justamente, Siervo malo y perezoso, tú debías haber distribuido, yo al venir exigiría con intereses (Mat. XXV, 26, 27). Si, en cambio, te sientes tierra infecunda o espinosa o seca, recurre a tu Creador. Pues ahora se trata de que seas renovado, fecundado, regado por aquel que convirtió el desierto en estanques de agua, y la tierra sin agua en manantiales de agua, e hizo habitar allí a los hambrientos; y establecieron una ciudad de habitación, y sembraron campos, y plantaron viñas e hicieron fruto de trigo (Sal. CVI, 35-37). ¿De qué tierra? De aquella estéril, espinosa y sin agua. Y tú, cada alma que te acercas a Cristo, eres tierra espinosa y árida. ¿Cómo probamos que eres así? Recuerda aquella sentencia que recibiste en los primeros padres, y encontrarás qué de allí trajiste. Espinas, dice, y abrojos te producirá (Gen. III, 18). ¿Responderás que no eres tierra espinosa? Si no tuvieras espinas, no pondrías una corona de espinas en la cabeza de tu Creador. Porque también tú eres así, estás agobiada por la multitud de espinas, es decir, de pecados: por eso se te dedica tal cultivo, por eso eres arada con el madero de la cruz, por eso te preparas para la lluvia celestial; para que cuando te hayas vuelto fecunda, no te gloríes de tus méritos, que no son nada, sino que al dar buenos frutos, proclames la gracia de Cristo. ¿Quieres saber qué tipo de cultivo se te aplica, qué tipo de gracia te perfunde desde lo alto? He aquí, reconoce, eres arada con la cruz de Cristo, cuando eres marcada con su signo en la frente; eres regada con su sangre, cuando eres bautizada en su muerte. Porque todos, dice el Apóstol, los que hemos sido bautizados en Cristo, hemos sido bautizados en su muerte (Rom. VI, 3).

CAPÍTULO III.

4. Que somos regados con la sangre de Cristo. Qué significa Amén, que responden quienes reciben la sangre de Cristo. Es mucho lo que se ha dicho, que eres regada con su sangre. Veamos cómo podemos probar esto que hemos dicho mediante alguna semejanza. Pues no debemos dar fe a nuestras palabras, sino a los documentos divinos. He aquí, presten atención, amadísimos, aquel Judas malo y falso discípulo, venal y vendedor, ladrón y traidor, comprado por los judíos para ser con ellos esclavo del diablo, recibiendo precio por aquel que no tiene precio, vendedor de la sangre de Cristo, con ese mismo precio, como narra la Escritura, compró para sí un campo de alfarero: para que aquel que no tenía la herencia completa de Cristo en el cielo, quisiera tener alguna parte en el mundo. Pero ni siquiera la poseyó, porque consciente de tan gran crimen cometido, se ató el cuello, y caído de bruces se rompió por la mitad. Sin embargo, aquel campo que compró fue llamado Campo de sangre (Hech. I, 16-19), porque fue comprado con el precio de tan gran sangre. El discípulo vendió la sangre del maestro, y de allí compró un campo de alfarero: ¿qué es esto? ¿Pensamos, amadísimos, que esta acción en aquella venta o compra, o en la misma mística Pasión de Cristo, está vacía de significado? La Escritura dice que Judas compró un campo de alfarero, y aquel campo fue llamado Campo de sangre. Esta tierra clama con qué o con qué precio fue comprada; más bien el mismo precio clama, la misma sangre clama, aquel Abel justo asesinado por su hermano impío clama. Pues, amadísimos, cuando esta semejanza de la pasión de Cristo y la maldad de Judas y de los judíos se mostraba en aquellos dos primeros hermanos, Caín y Abel; después de que el hermano menor fue asesinado por el mayor, el inocente fue eliminado por el envidioso, el piadoso fue asesinado por el malvado, Dios interroga a Caín, como si no supiera, como si ignorara, y dice: ¿Dónde está Abel tu hermano? Esta voz no es de ignorante, sino de quien pone el pecado ante los ojos del malvado; para que todo hombre sea inexcusable que, aun advertido, no quiere arrepentirse de su mal. ¿Dónde está Abel tu hermano? esto fue decirle: Reconoce, Caín, que no me pudo pasar desapercibido lo que pensaste que podría pasar desapercibido; reconoce lo que hiciste, arrepiéntete pronto, para que puedas recibir indulgencia. Pero él, más duro de corazón, más obstinado en el

crimen, herido en el alma por costumbres perversas, responde a Dios que le dice, ¿Dónde está tu hermano? y dice, No sé. ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano? ¿Qué dices, Caín? ¿a quién dices, No sé? Hablas con aquel que todo lo ve con sus ojos. ¿Qué es lo que dices, ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano? Al perpetrar tales cosas, has rechazado de ti en todo el temor de Dios. Y el Señor le dice: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Si fueras el guardián de tu hermano, no serías su asesino. Si reconocieras la fraternidad, no cometerías tal atrocidad. Si temieras mi juicio, no cometerías parricidio contra tu hermano. La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Y ahora, dice el Señor, maldito seas tú de la tierra: no, maldita la tierra, sino, maldito seas tú de la tierra, que recibió la sangre de tu hermano de tu mano (Gen. IV, 1-11). Reconoce ya, tierra, que has sido regada con la sangre del inocente, convence la voz del que niega, recibe la sangre del que confiesa. Pregúntense ahora también Judas y los judíos, más bien en Judas todos los judíos. Pregunte el Señor a Judas y le diga: Judas, ¿dónde está Cristo tu hermano? ¿Acaso dirás, oh mal hermano, que Cristo no fue tu hermano? Que te convenza primero el mismo Señor de que fue tu hermano. Dinos, Señor Jesucristo, si Judas fue tu hermano. Responde, Y si fue, fue: pues no es lo que fue, y si fue, fue: porque yo en general dije a mi Padre, Anunciaré tu nombre a mis hermanos (Sal. XXI, 23). He aquí, Judas, estás convencido de que Cristo fue tu hermano. ¿Dónde está tu hermano? Responde, di, sigue, di lo que dijo también aquel, No sé. ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano? Pues tampoco fuiste guardián, que te convertiste en traidor y vendedor. Di, ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano? para que se te responda también a ti, La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. ¿Qué dice todo hombre tierra? Porque el primer hombre es de la tierra, terrenal; y, Como el terrenal, tales también los terrenales (I Cor. XV, 47 y 48). ¿Qué dice todo hombre tierra, cuando recibe la sangre de Cristo? Dice Amén. ¿Qué es Amén? Es verdad. ¿Qué es verdad? Que fue derramada la sangre de Cristo. ¿Por quién? Por el discípulo Judas entregándolo. Al decir Amén, clamando la verdad, dice esto todo hombre tierra. He aquí, Judas, la voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Hemos probado que eres regada con su sangre.

CAPÍTULO IV.

5. Cómo debe recibirse la sangre de Cristo. Esteban, Cipriano, Lorenzo, Perpetua y Felicidad. Mira, tierra, cómo recibes esta sangre: porque quien la recibe bien, recibe bendición, pero quien la recibe mal, adquiere juicio para sí al beber. Esto se figuró también en aquel campo de Judas, del que se dijo que era campo de sangre: pues siguió que se dijera, Sea su villa desierta (Hech. I, 20). Pues si perteneces a Judas, si imitas sus hechos, si no recibes la sangre de Cristo con temor y temblor; serás villa desierta, maldita, reprobada y espinosa. Pero si recibes la sangre de Cristo con toda reverencia, reconocerás que por ella se te perdonan tus pecados, porque aquel campo que compró Judas, fue llamado del alfarero: El alfarero tiene potestad sobre el barro, de la misma masa hacer un vaso para honra, otro para deshonra (Rom. IX, 21). Oh tierra regada con tanta sangre, responde a tanta sangre, no como Caín y Judas con palabras de excusa, sino como los santos mártires con palabras de confesión. Responde como respondió el bienaventurado Esteban, quien en este campo del Señor como buen labrador trabajó mucho arrodillándose, y de la tierra pedregosa herido, recogió de ella piedras en su cuerpo como en su seno; y sudando en la obra, regando la tierra con su santa sangre, presentó al Señor fruto centuplicado de su martirio. Responde como respondieron Cipriano, Lorenzo, y los demás santos jóvenes y doncellas, toda edad y ambos sexos, que al recibir la sangre de Cristo, dando testimonio, y no negando el nombre de Cristo, no dudaron en derramar su propia sangre por la sangre que bebieron, y junto con Perpetua y Felicidad merecieron reinar eternamente. Esto en el Apocalipsis, revelando el ángel, Juan vio una gran

multitud que nadie podía contar. Al preguntar quiénes eran, recibió esta respuesta: Estos son, se dijo, los que lavaron sus vestiduras, y las blanquearon en la sangre del Cordero (Apoc. VII, 9, 14).

CAPÍTULO V.

6. Cómo el alma es blanqueada y embellecida por la sangre de Cristo. Cristo en la pasión negado por Pedro. Ya reconoces, alma cristiana, cómo también tú por esa sangre te vuelves blanca, para que toda, tanto en cuerpo como en corazón, subas hermosa de la fuente de Cristo consagrada en la sangre. ¿Qué manó de aquel costado del crucificado? Sangre y agua: del sangre el rubor, del agua el esplendor. En estos dos sacramentos se embellecen las almas individuales, de las cuales se hace una sola aquella hermosa esposa la Iglesia, a la que se dice en el Cantar de los Cantares: ¡Cuán hermosa eres, hermana mía, amada mía, cuán hermosas son tus mejillas! (Cant. IV, 1, 3). Y cuando él mismo la ha hecho así, y le ha dado esa belleza, viéndola así como maravillado exclama, y preguntando a los que están alrededor dice: ¿Quién es esta que sube blanqueada? Y ellos: La equidad te amó (Id. VIII, 5). Ella es la reina que está a tu derecha en vestidura de oro, rodeada de variedad (Sal. XLIV, 10), adornada con la variedad de lenguas de diversas naciones. Al oír esta voz de su esposo que dice, ¿Quién es esta que sube blanqueada? también ella se ve obligada a responder con modestia, y dice a su esposo: Me preguntas quién soy yo que subo blanqueada. Yo soy a quien encontraste fea, y hermosa hiciste: yo soy cuyas oraciones escuchaste, cuando me hiciste cantar en el Salmo, Me lavarás, y seré más blanca que la nieve (Sal. L, 9). ¿Por qué, entonces, te maravillas de mi belleza, cuando sabes que esta es tu obra? ¿Por qué preguntas lo que tú mismo hiciste? Me ves blanqueada, tú me hiciste más blanca que la nieve. Para que me veas subiendo, te conocí descendiendo del cielo, te amé colgando en la cruz. Tu humildad se convirtió en mi exaltación, tu fealdad se convirtió en mi belleza. Porque si tú no hubieras descendido herido de la cruz, yo no subiría blanqueada de la fuente. Verdaderamente se ha dicho que fuerte es como la muerte el amor (Cant. VIII, 6). ¿Hasta dónde se inclinó este esposo, que amando tanto a la fea para hacerla hermosa, llegó hasta el extremo de la muerte? Y del Señor, dice, son las salidas de la muerte (Sal. LXVII, 21). Porque lo vimos, dice el profeta, y no tenía aspecto ni hermosura (Is. LIII, 2). ¿Qué te maravillas? amando se hizo tal.

7. Sin embargo, Pedro temió esta pérdida de su esplendor cuando el Señor le anunció su pasión, y dijo: "¡Lejos de ti, Señor; ten piedad de ti, que no suceda esto!" Pero Él reprendió a quien pensaba de esa manera, y llamó al Apóstol diablo, diciendo: "¡Apártate de mí, Satanás; porque no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres!" (Mateo XVI, 22, 23). Pedro pensó que toda esa belleza de la divinidad podría ser absorbida en la apariencia del cuerpo humano, y no sabía que se estaba llevando a cabo ese gran misterio, por el cual se despojaba de esa belleza de alguna manera, para que la Iglesia, la esposa que se dignaba unir a Él, pudiera vestirse con esa misma belleza. No perdía lo que daba, sino que al darlo, crecía. Él dio, ella recibió; y ella encontró lo que no tenía, y Él no perdió lo que dio, porque resucitó de entre los muertos con esa misma belleza. ¿Por qué temas, Pedro, como si Cristo hubiera perdido esa hermosa vestidura, cuando lo veías desnudo colgando del madero? No temas, no te asustes, no niegues: Cristo no perdió en la cruz esa túnica de divinidad e inmortalidad, porque la consignó como dote a su esposa. Lo viste, oh Pedro, sin apariencia ni belleza, y de inmediato lo negaste, a quien habías amado dejando todas tus cosas: y no solo una vez, sino que estando en el atrio del sacerdote, una sirvienta te preguntó por tercera vez, y lo negaste. Pero cuando el gallo cantó, te convenció de tu presunción, quien antes había predicho que lo negarías; te miró en el corazón, y para que lloraras amargamente (Mateo XXVI, 69-75), de alguna manera en silencio, esa misma divinidad te hablaba en tu interior, y te decía: ¿Dónde

está, Pedro, "Si posees un amigo, en la tentación consérvalo" (Eclesiástico VI, 7)? ¿Dónde está, "En el tiempo de su tribulación permanece fiel a él, para que también seas coheredero en su herencia" (Eclesiástico XXII, 29)? ¿Dónde está, Pedro, "Pondré mi vida por ti" (Juan XIII, 38)? y, "Contigo hasta la muerte" (Lucas XXII, 33)? ¡Qué rápidamente negaste como a un hombre muerto, a quien antes habías confesado como el Hijo del Dios vivo! Mientras Él te hablaba en el corazón, la divinidad miró, y la humanidad lloró: se reconoció la dulzura, y la amargura desapareció; se acogió la caridad, y se borró la iniquidad; el amor regresó, y el miedo fue expulsado. He aquí que de repente reconoces resucitado al que habías negado, porque no tenía apariencia ni belleza, y lo ves hermoso en su forma más que los hijos de los hombres, y ves a la esposa unida a Él, vestida con esa túnica de inmortalidad que antes Pedro temía que pereciera: reconoces que está vestida con tal vestidura, y Pedro habla a esa misma esposa, para que conserve la dignidad de esta túnica, y dice al alma humana, "Cristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus huellas" (I Pedro II, 21). Sigue, esposa, sigue las huellas de tu esposo: que ningún miedo te aparte de la compañía de tu amado. Ama al amante, porque primero Él amó al que no amaba: busca al que busca, porque primero Él buscó al que no buscaba. Busca, y di a tu esposo, "¿Dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía? No sea que me convierta como cubierta sobre los rebaños de tus compañeros" (Cantar de los Cantares I, 6). A quien así amaste, por quien derramaste sangre, cuyo tabernáculo pusiste en el sol (Salmo XVIII, 6); no me convierta como cubierta sobre los rebaños de tus compañeros.

CAPÍTULO VI.

8. Sobre evitar a los herejes, especialmente a los arrianos. He aquí que mientras te busco dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía, el mediodía es África, que está en el ocaso del sol, y sin embargo, porque desde el nacimiento del sol hasta su ocaso se alaba tu nombre (Salmo CXII, 3), y hay quienes te predicán no castamente, buscando lo suyo, no lo tuyo, mientras te busco al mediodía, es decir, en África; he aquí los rebaños de tus compañeros, las pésimas escuelas de los herejes, el fraude de los maniqueos, las maldades de los pelagianos, la orgullosa congregación de los arrianos, insultan como cubiertas, es decir, como desconocidas, y me dicen, ¿A quién buscas? ¿Buscas a Cristo? He aquí que está aquí, he aquí que está allí. Pero tú, porque me advertiste diciendo, "Si os dicen, He aquí que está aquí, he aquí que está allí, no vayáis tras ellos" (Mateo XXIV, 23); como te conozco que estás en todas partes entero, no defendiendo partes, sino amando la unidad, me he vuelto desconocida para ellos y como cubierta: y se burlan de mí, porque no te conocen. ¿Y qué gran cosa es que yo soporte tal oprobio de ellos, cuando tú hasta ahora soportas su palabra injuriosa? que no quieren que seas uno con el Padre, sino que dividiendo entre el Padre y el Hijo, entre la esposa y el esposo, incurren en un gran sacrilegio, infligen una gran enfermedad a su alma; porque no desean tenerte como único esposo de una sola, ni como médico fiel e íntegro. Pero tú, alma cristiana, que vas a ascender del santísimo manantial, llena de rubor y belleza, muy hermosa y blanca, conserva tu belleza: reconoce lo que fuiste y lo que serás, cuida de no abandonar la mesa de tu esposo. Para que permanezcas hermosa, comerás su carne diariamente; para que tengas vida eterna, beberás su sangre: cuida de no abandonar esta mesa. Huye de los muchos banquetes de los herejes: y si allí se presentan muchas cosas con disputas perversas, o son feas, o están medio comidas. Porque no hay nada íntegro allí, donde el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo no son uno. La mesa de tu esposo tiene pan íntegro, y cáliz santo: ese pan, aunque lo vimos roto y desmenuzado en la pasión, sin embargo, permaneció íntegro en esa su unidad indivisible con el Padre. De este pan y de este cáliz decía el mismo Señor, "El pan que yo daré, es mi carne para la vida del mundo: y el cáliz que santificaré, es mi sangre, que será derramada por vosotros para la remisión de los pecados.

Porque antes había dicho: "Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros." Al escuchar esta palabra, y no entenderla, los discípulos dijeron: "Dura es esta palabra; ¿quién puede escucharla?" Y muchos se escandalizaron por esta palabra y se fueron. Pero cuando Jesús vio esto, dijo a los demás: "¿También vosotros queréis irnos?" Entonces Pedro, que llevaba la figura de la santa Iglesia, respondió por todos: "¿Y a quién iremos? Tienes palabras de vida, y te dejamos" (Juan VI, 52-69). Veis, amadísimos, qué significa salir, qué significa permanecer. Los que salieron, porque no entendieron la palabra de Cristo, ya no permanecieron como discípulos, sino como herejes: los que perseveraron, retuvieron la palabra de vida. Reconoced, herejes, vuestra salida, porque predicáis a nuestro Cristo como menor. Y vosotros no quisisteis permanecer con Él, porque no entendisteis que Cristo es uno con el Padre: por eso salisteis, porque dejasteis la palabra de vida. No permanece en vosotros, quien permanece igual con el Padre. Escuchadlo a Él, porque permanece junto con el Padre. Si alguien, dice, me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré, y vendremos a él yo y el Padre, y haremos morada en él (Juan XIV, 21, 23). Dime, te ruego, hereje arriano, ¿habita esta Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en tu única alma? Porque también el Espíritu Santo habita en nosotros: "¿No sabéis, dice el Apóstol, que sois templo de Dios, y que el Espíritu Santo habita en vosotros?" (I Corintios VI, 19). ¿O preparas diversas moradas en tu corazón para la Trinidad, para que el Padre mayor tenga la mayor parte, el Hijo menor la menor, y el Espíritu Santo inferior la inferior? Entonces ya no tienes un solo corazón, sino doble, o triple. Por lo tanto, la Trinidad no habita allí. ¿Por qué? Porque se ha dicho, "¡Ay del corazón doble!" (Eclesiástico II, 14). Insensato, inepto, necio: el fuego, el resplandor, y el calor habitan juntos e inseparablemente, no distintamente, sino igualmente en una sola lámpara, ¿y una sola Trinidad Dios no puede habitar en un alma humana? Si en ti no se encuentra una morada digna de la igual unidad de la Trinidad indivisible, se te responderá, "He aquí que vuestra casa será dejada desierta" (Mateo XXIII, 38). Porque no construyes un templo para Dios con piedras vivas, a quienes al rebautizar ahogas, deshonoras, repruebas, devastas, condenas, exterminas. Ni sigues los fundamentos de los Apóstoles, siendo ellos columnas del Dios vivo, sobre las cuales la sabiduría edificó su casa; para que se construyera ese verdadero templo, en el cual estaba el gran sacramento de la piedad. De este templo decía a los judíos: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré" (Juan II, 19). En tus padres no tienes la piedra angular, a quien según la divinidad no crees igual al Padre: ni demuestras tener contigo el amor de Dios y del prójimo con las dos alas de la caridad; porque ni amas a Dios como debe ser amado, ni al prójimo como a ti mismo. Porque amarás al Señor tu Dios, se ha dicho, con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza (Mateo XXII, 37). Da tu corazón al Padre, tu alma al Hijo, tu fuerza al Espíritu Santo. He aquí tres para la Trinidad, de tres un hombre ofreciste como sacrificio a la única Trinidad, venciste la herejía arriana; porque el Señor tu Dios no es tres dioses, sino un solo Señor. Esta es la santa fábrica, esta es la verdadera aula, en la que están las ovejas de Cristo, no los lobos del diablo.

CAPÍTULO VII.

9. Exhorta a amar a la Iglesia y a orar por la paz y la liberación de la patria. Cuidaos, amadísimos, de los fraudes de los herejes; ovejas de Cristo, temed las insidias de los lobos: ved que nada se ha sustraído a vuestra utilidad, en cuanto el mismo Señor ha concedido de la proclamación de la palabra de Dios. Qué es Cristo y qué es la Iglesia, habéis escuchado, habéis aprobado, habéis clamado: pero por qué sufrimos tantos males, o por qué méritos de pecados hemos sido entregados en manos de quienes nos afligen, cuando hablábamos hace muy pocos días, lo reconocimos juntos, lo lloramos juntos. Ahora también lo que vais a recibir, o lo que seréis, aún resuena en vuestros oídos el eco de nuestra voz: os amonestamos

como hermanos, os suplicamos como padres, os exhortamos como hijos. No perdáis tan gran bien. Que el amor de Cristo en vuestros corazones no se enfríe: que el amor de esta madre hacia vosotros no se adormezca; que os engendra, que cuida grandemente de la salvación de vuestra alma, que dirige vuestra esperanza, que diariamente os recibe de nuevo en su seno materno, que os prepara alimentos espirituales, que desea conducirnos a la saciedad eterna. Quiere asignar hijos inmaculados a Dios Padre, a quienes se digna nutrir con tanto cuidado y solicitud. Amadla con todo el corazón; amándola, amad a vuestros compañeros, a vuestros hermanos, a los ministros de Dios con puro amor: y por nuestra recompensa en esa santísima fuente orad por nosotros. Orad por la paz, orad por la liberación de esta tierra; orad para que tenga misericordia quien justamente se indigna. Hijos nuevos, mientras en vuestro santo nacimiento el padre se regocija, con vuestras oraciones y lágrimas mitigad al que se enoja, a quien hemos sentido vengarse fuertemente. En resumen, usando las palabras de los santos Apóstoles, os encomendamos a Dios en la palabra de su gracia, quien es poderoso para guardar en vosotros lo que Él mismo ha dado (Hechos XX, 32). A Él la gloria con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.